

El Pequeño Vampiro

y el gran amor



ANGELA SOMMER-BODENBURG

Anna está muy enfadada. Tal y como estaba previsto, la remilgada prima Olga von Seifenschwein de Transilvania ha venido de visita. Rüdiger se ha enamorado enseguida de ella y hace todo lo que Olga le manda. También la tía Dorothee hace lo que está en su mano para que la estancia de su consentida sobrina sea todo lo agradable posible. Más tarde, Olga consigue que Anton haga una fiesta en su casa. La fiesta se desmadra y Rüdiger y Olga convierten el salón de los Bohnsack en un campo de batalla, lo cual pasa a ser un desastre completo cuando los padres de Anton llegan a casa y ven lo ocurrido. Para más problemas, el padre de Anton le hace una fotografía a Anna y el flash de la cámara daña los ojos de la niña-vampiro.

*Este libro es para Burghardt Bodenburg, que ahora,
por fin, tiene dientes de vampiro (por el dentista),
para Katja y para todos los que todavía creen en el
gran amor..., como yo*

Angela Sommer-Bodenburg

A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.

Ella

Cansado y hambriento, Anton volvió del curso de cerámica a casa. Abrió la puerta de la vivienda y comprobó con alegría que olía a patatas recién asadas. Colgó rápidamente su chaqueta en el guardarropa y fue a la cocina.

Su padre estaba sentado a la mesa cortando pepinos en pequeñas rodajas.

—Hola, Anton —dijo, y con una misteriosa sonrisa añadió:

—Tienes visita.

—¿Yo? ¿Visita?

—Sí. Ella te está esperando en tu habitación.

—¿Ella? —repitió desconcertado Anton—. ¿En mi habitación?

Su padre se rió irónicamente.

—Te estás poniendo muy colorado.

—¡De ninguna manera! —repuso Anton.

¡Ella seguro que podía escuchar todo!

Susurrando, preguntó:

—¿Y quién es?

Su padre se rió..., y no dijo nada más.

Anton abandonó la cocina lleno de ira. Una chica..., en su casa..., a las siete y media de la tarde... ¡No sabía si tenía que alegrarse o enfadarse! Abrió cautelosamente la puerta de su habitación..., y vio a Anna sentada en su cama.

Tenía la luz encendida y estaba leyendo con la cabeza inclinada hacia delante. Sus cabellos castaños estaban cuidadosamente peinados y se la hubiera podido tomar por una chica completamente normal... ¡de no ser por el ligero olor a moho y su negra y raída capa de vampiro!

Anton entró en la habitación, tomó aire profundamente y dijo:

—¡Buenas tardes, Anna!

Ella levantó la vista del libro. Cuando reconoció a Anton, sus pálidas mejillas se tiñeron de rosa.

—¡Anton! ¡Al fin volvemos a vernos!

Dejó su libro a un lado y fue hacia él sonriendo. Anton miró fijamente su boca aterrado: ¡sus colmillos se habían vuelto largos y afilados!

Ella advirtió su mirada y enrojeció.

—No tienes por qué tener miedo —dijo—. Yo a ti nunca te haré nada.

A Anton le zumbaba la cabeza y no sabía que decir.

—¿Es que no te alegras? —exclamó ella.

—¿Alegrarme? ¿De qué?

—¡De que yo sea ahora un auténtico vampiro! Ahora Rüdiger ya no puede decirme Anna la Desdentada, la única de la familia que se alimenta de leche. Ahora me llamo ¡Anna la Valiente!

Ella se estiró riéndose.

—¡Vaya cara de vinagre que pones! —exclamó después sorprendida.

—Yo... —murmuró Anton, que había retrocedo hasta la puerta—, es que tengo que acostumbrarme primero a tus ejem... dientes de vampiro.

—Sí, yo también —asintió ella—. Todo ha cambiado tanto de repente... ¡Sólo tu..., sigues gustándome exactamente igual que antes!

Anton notó cómo se ponía colorado. Rápidamente volvió la cabeza y miró hacia la ventana. Estaba cerrada.

—¿Cómo has entrado en realidad? —Pregunto..., contento de hablar de un tema menos comprometido.

—¡Por la puerta! He subido en el ascensor y he llamado al timbre.

—¿No tenías miedo de mis padres?

—A tu madre no la he visto. Pero tu padre se ha reído irónicamente y me ha preguntado que si iba otra vez a una fiesta de disfracés. Yo le he dicho que sí, que celebrábamos hoy el carnaval en el club de gimnasia.

Se frotó las manos riéndose entre dientes.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró en la habitación el padre de Anton.

—Ah, vosotros dos —dijo haciendo un guiño a Anton—. ¿Habéis estado charlando a gusto?

—Sí —gruñó Anton, indignándose por el tono de complicidad de su padre—, hasta que tú has venido, sí.

—Ahora tengo que marcharme —dijo Anna estirándose la capa.

—¿Marcharte? —exclamó el padre de Anton—. ¡Pero si vamos a cenar en seguida! Y he puesto a propósito taquitos de queso y un gran vaso de leche para ti... ¿No era esa tu comida favorita?

A Anton le corrieron escalofríos por la espalda. Pero Anna se quedó tan tranquila.

—Muchas gracias —dijo—. Es usted muy amable. Pero no puedo acompañarles en la cena. Es que en el club de gimnasia vamos a tener salchichas y ensaladas de patatas.

Dicho esto le estrechó la mano al padre de Anton, dijo «Adiós, hasta el próximo día», y se marchó.

Anton la acompañó hasta el ascensor.

—¿Volvemos a vernos mañana? —preguntó ella con una sonrisa cariñosa.

—No..., no sé —tartamudeó.

—¡Mañana es sábado! —dijo—. ¿No se van tus padres siempre los sábados?

Asintió titubeando.

—Sí.

—Entonces también nosotros dos podemos hacer algo —opinó ella—. Al fin y al cabo tenemos un motivo para celebrarlo.

Llegó al ascensor y ella se montó.

—¿Para celebrar qué? —preguntó Anton.

—Que ya no soy Anna la Desdentada —contestó radiante, y antes de que Anton pudiese replicar algo, cerró la puerta del ascensor.

Figuras de barro de fabricación propia

Cuando Anton entró en la cocina, sus padres ya estaban sentados a la mesa comiendo.

—¡Helga, hay que ver lo que te has perdido! —dijo el padre de Anton.

La madre levantó la vista de su plato.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—¡Anton ha tenido visita!

—¿Visita?

—Sí. Si no hubieras estado tan enfrascada en tu habitación con las redacciones, habrías podido ver a la novia de Anton.

—¿La novia de Anton? —repitió asombrada—. No sabía que tuviera novia.

—¡Es que no la tengo! —dijo Anton colérico.

El padre disfrutaba visiblemente con la indignación de Anton.

—¡Tenías que haberles oído a los dos! Se han arrullado como dos tortolitos.

—¡Ja, ja, ja! —dijo simplemente Anton.

Los comentarios de su padre no le parecían nada graciosos.

—¿Y quién es la chica? —preguntó la madre.

—Anna —contestó el padre—. La de la capa de vampiro.

Se rió como si se tratara de un buen chiste. Pero la madre de Anton permaneció seria.

—¿Anna...? ¿Aquella chica fantasmagóricamente pálida que estuvo aquí una vez con su hermano? ¿La de los dedos

huesudos y los oscuros cercos en los ojos?

—¡Pero si eso forma parte de su disfraz de vampiro!...
—dijo despreocupado el padre.

—¡Exacto! —dijo apresuradamente Anton—. Y además, no puedo soportar que metáis las narices en mis asuntos.

—¿En tus asuntos? —repuso su madre fríamente—. Tendremos que hablar aún un par de palabritas en cuanto a las amistades de nuestro hijo. Sobre todo si se trata de esos hermanos con sus horribles capas. ¡Para ti ésa no es precisamente la compañía adecuada! —¿Y por qué no?

—Porque lo único que hacen ellos es empeorar tu manía por los vampiros.

—¿Manía por los vampiros? —dijo Anton desconcertado.

—¡Sí, señor! Vampiros, se mire por donde se mire en tu habitación, siempre ve uno lo mismo: ¡cuadros de vampiros en la pared, libros de vampiros en la estantería, y si pudieras estarías viendo películas de vampiros desde la mañana hasta la noche!

Anton tuvo ahora que reírse irónicamente contra su voluntad.

—Sí, ¿y qué? —dijo.

—¿Es que no podemos hablar de otra cosa? —dijo el padre—. Cuéntanos, Anton, qué tal fue la cerámica.

—¿La cerámica? ¿Cómo quieres que haya ido...?

—¿No te has traído ningún trabajo?

—Sí...

—¿Y bien? ¿No nos lo vas a enseñar?

—No sé...

—¿Porqué?

—No creo que le guste a mamá —dijo Anton reprimiendo una risa.

—¿Por qué no iba a gustarme? —contestó su madre—. A mí me gustará todo lo que hayas hecho tú mismo.

—¿Tú crees? —dijo Anton.

Sacó de su chaqueta dos figuras de barro y las colocó encima de la mesa, exactamente frente a la fuente de los pepinos.

Su madre pegó un grito.

—¿Vampiros?

—¡Vampiros! —corroboró Anton observando orgulloso las dos figuras de barro.

Llevaban capas negras y tenían rostros blancos como la cal. Entre sus labios, que Anton había pintado de un rojo reluciente, asomaban agudos dientes de vampiro.

Su madre suspiró en voz baja.

—Y yo que pensaba que modelarías algo razonable...

—¿Por qué? Si me han salido estupendos... ¡Nuestro profesor de arte me pondría un sobresaliente por ellos!

—Me habría gustado tanto un florero...

—Sí... —dijo Anton.

Echó una mirada a su padre y con una alevosa risa irónica añadió:

—Además, ¿para qué necesitas un florero? ¡Si a ti nadie te regala flores...!

Silbando de buen humor se fue a su habitación.



Romeo y Julieta

La tarde siguiente, los padres de Anton se pusieron en marcha poco después de las seis.

Querían ver «Romeo y Julieta» y aún no tenían entradas para el teatro.

Anton estaba en el pasillo mientras ellos se ponían los abrigos.

—¿Vosotros no sois ya demasiado viejos para eso? —preguntó.

—¿Demasiado viejos? ¿Para qué? —contestó su padre.

—Bueno... Romeo y Julieta eran una pareja muy joven de enamorados...

Su padre se rió.

—Seguro que piensas que el amor es solo para la gente joven.

—Además, nosotros vamos a verlo y no a salir al escenario —completó la madre de Anton yendo hacia la puerta—. ¡Buenas noches!

El padre la siguió.

—¡Que duermas bien..., Romeo! —dijo, y cerró la puerta.

Anton estuvo a punto de atragantarse.

Menos mal que su padre no sabía cuánta razón tenía: desde la visita de Anna se sentía realmente como Romeo.

Se fue a su habitación y encendió la televisión.

Una pareja, vestida de rosa, cantaba: Sólo tú, tú, tú y yo...

«¡Qué estupidez!», pensó Anton. Pero por lo menos viendo la televisión se pasaba el tiempo algo más rápido.